

PRESENTACIÓN DEL LIBRO
LA CIUDAD DE MÉXICO: UN GUERRERO ÁGUILA.
EL MAPA DE EMILY EDWARDS DE TERESITA QUIROZ

Cuando me invitaron a presentar el libro *La Ciudad de México: un Guerrero águila. El mapa de Emily Edwards*, de la profesora Teresita Quiroz, me encontraba yo en la ignorancia más absoluta acerca de lo que en éste se trataba. Después de leerlo... va mi agradecimiento por la invitación... y va por tres motivos:

Primero: me permitió conocer la línea de trabajo de Tere, que no sólo destaca por su calidad, sino también porque tiene algunas afinidades con mis propias investigaciones sobre el significado de los mapas.

Segundo: hizo que me enterara de la existencia de Emily Edwards y de su mapa, que si bien no es precisamente un hito de la cartografía mexicana, por lo menos es un documento interesantísimo para apreciar una cierta visión del México posrevolucionario; la de los intelectuales y artistas residentes en el país a principios de los años treinta.

Tercero: para mí el motivo más importante, este libro de Tere proporciona unos ratos de lectura muy agradables, cosa poco usual en las publicaciones académicas. Lo 'devoré' de una sentada y sólo tuve que hacer revisiones puntuales para redactar esta presentación.

Tal como indica la profesora Teresita en la introducción, el propósito de su libro es simplemente "mostrar un documento cartográfico" (que de hecho, resultan ser dos documentos cartográficos), como testigo de la mirada extranjera progresista hacia el México posrevolucionario. Se trata en realidad de tres ensayos que se pueden leer con cierta independencia entre sí, aunque conectados por la unidad temática e integrados en el libro por la introducción de la propia autora y por un prefacio de Lauro Zavala.

En la introducción, la autora presenta su materia de estudio: un mapa alegórico de la Ciudad de México elaborado por Emily Edwards y publicado en 1932 por la Compañía de Luz y Fuerza S. A., además de un segundo mapa de la ubicación de los murales posrevolucionarios. Una copia del primer mapa, de buena calidad y a todo color, se incluye en el libro; el segundo mapa no se pudo presentar por motivos de *copyright*. Al presentar ambos mapas, es acertada la apreciación de Teresita acerca de "mirar" estos documentos como si fuesen testigos de las "diversas formas de entender la ciudad".

Resulta igualmente atinada la "calificación" que da Tere al primer mapa, en

particular, a su “imagen” de “una ciudad poblada” y no solamente de un “espacio construido”. En este sentido Tere hace eco, probablemente sin saberlo porque no hay referencias bibliográficas al respecto, de la distinción que presentan hoy varios historiadores de la cartografía entre el *concepto* –y su representación– de la ciudad como *civitas* o comunidad; y de la ciudad como *urbs*, o espacio construido. También se asemeja a la distinción paralela que data de Ptolomeo, entre la *chorographia*, o descripción de lo que ve el ojo, y la *geographia* que representa la tierra con medidas precisas.

El primer capítulo, o ensayo, se dedica de lleno a la presentación del mapa “Ciudad de México. Guerrero Águila”, proporcionando una descripción detallada del mismo. Hace notar sus tres contornos –margen, periferia rural y ciudad–, que presentan la visión integradora de una ciudad en la que confluyen los tiempos como herencia. Tal visión, por cierto, tiene más que ver con la tradición cartográfica indígena que con la cartografía moderna, hecho que más adelante se reconoce al señalar cómo el margen de este mapa recuerda la famosa representación de Tenochtitlan en el *Código Mendocino*.

Otro aspecto importante es la identidad de quien publicó el mapa: en este caso la Compañía de Luz y Fuerza, patrocinio reconocido ampliamente por la importancia concedida en el mapa a los flujos de energía eléctrica y la red de tranvías. Por último, señala otro rasgo sobresaliente del mapa: la representación alegórica de la Ciudad de México como un guerrero águila. En lo que resta del capítulo se presenta un análisis minucioso del mapa, haciendo notar las prioridades de la propia Edwards

y la manera como representa a la Ciudad de México, como un ser orgánico, vivo, con pulmón, arterias, corazón y panza; así como la simbología alrededor de todo esto.

Destaca la forma como en el mapa combinan las tres etapas históricas de la Ciudad de México: lo prehispánico, lo mestizo o colonial, y los elementos modernos. Incluso interpreta la modernidad del mapa como una postura que “acepta en el presente los rasgos del pasado”. No voy a repetir aquí todo el análisis: mejor, primero revisen con detenimiento el mapa y luego lean la interpretación que hace Tere Quiroz de él. Resulta bastante penetrante e imaginativo su tratamiento, por lo que me surgió la pregunta: ¿tendrá Tere estudios parecidos acerca de otros mapas?

El segundo capítulo se desliga del mapa para hablarnos de sus contextos. Primero describe la ciudad en aquellos tiempos y las expectativas creadas en torno a la urbanización como vía de modernización. Segundo, nos recuerda la visión prevalente acerca de México en los intelectuales de izquierda norteamericanos, con los cuales se identificaba ampliamente Emily Edwards. Para estos intelectuales “las corrientes anarcosindicalistas, reformistas y sociales influyeron en la idealización del vecino México como ejemplo idealizado de lucha popular y vida comunitaria” (Tere aquí cita un artículo de Mauricio Tenorio).

En tercer lugar, trae a colación la contrapartida de esta visión idealista norteamericana: la revalorización, en México, de lo típico, lo tradicional, el folklore, al mismo tiempo que se impulsan y se institucionalizan la antropología y la arqueología. De allí pasa a un cuarto contexto: el de la visión extranjera, esta vez, la de los extranjeros residentes en México. Se trata

de intelectuales que fueron atraídos por nuestro país con la promesa de una sociedad igualitaria en proceso de construcción.

Entre estos intelectuales se incluye, desde luego, a la propia Emily Edwards, junto con Tina Modotti, Edward Weston, Carlton Beals, Anita Brenner y otros. Aquí, la autora hace notar la importancia de los estrechos vínculos entre los anteriores personajes y los muralistas, además de otros artistas mexicanos. Esto lleva a Emily Edwards a escribir varias publicaciones sobre el arte mural mexicano, entre ellas, una que incluye el segundo mapa aquí considerado: “una guía y mapa de los frescos modernos de la Ciudad de México en 1934”.

Después de las anteriores notas contextuales, el capítulo termina con dos secciones sobre la persona de Emily Edwards: una dedicada a la obra literaria, pictórica y cartográfica de esta intelectual, y otra que relata sus antecedentes y datos biográficos. Lo que más me llamó la atención acerca de Edwards es la referencia a su formación temprana en la llamada Hull House, centro cultural, educativo y de servicio social para inmigrantes de Chicago. Con ello introduce a otro personaje, Jane Addams, fundadora de dicho centro.

Lo anterior me llamó la atención porque yo desconocía por completo la existencia de la Hull House y del trabajo de Jane Addams. Para mí lo interesante del caso no es tanto el Premio Nobel que recibió Addams en 1931, sino su empleo de la cartografía para el estudio y tratamiento de los problemas sociales, así como su labor en la educación y la promoción social. Me interesó encontrar una posible conexión entre la Hull House y los sociólogos de la Universidad de Chicago, de la famosa “escuela ecologista”. Para mi sorpresa en-

contré que la relación era más bien antagonica: entre el grupo dominado por mujeres estrechamente vinculadas con el trabajo social práctico y aquella afamada academia, donde el dominio era masculino.

De cualquier forma, Addams fue invitada a México por Plutarco Elías Calles en 1925, para asesorar el diagnóstico de las condiciones de vivienda en la Ciudad de México. ¿Podríamos esperar una secuela de este libro sobre la influencia de este personaje y sus mapas en la comprensión y tratamiento de estos problemas, algo así como “Jane Addams en México”? (Planteo esta pregunta como recomendación, no como crítica. A mí me gustan mucho los libros que abren nuevas búsquedas intelectuales.)

El último capítulo del libro presenta algunas conclusiones derivadas de todo lo anterior. Se trata realmente de un ensayo de interpretación cartográfica del mapa de Emily Edwards. Teresita Quiroz inicia comparando el mapa con otras varias cartografías de la Ciudad de México realizadas entre 1923 y 1934. Entre otras cosas, Tere concluye que el mapa de Edwards, realizado en 1932, está basado en muchos otros mapas publicados en diferentes fechas, de los cuales Edwards extrajo lo que más le convino para *retratar* a su manera nuestra ciudad; por ejemplo, los nuevos espacios destinados a mejorar las condiciones de vida de la clase obrera.

El ensayo termina con unas reflexiones bastante bien planteadas acerca de la función de los mapas y el análisis de ellos. La autora incluye en estas reflexiones una comparación muy astuta de los dos mapas de Emily Edwards, que le permite entender cómo funciona la representación cartográfica y su poder para transmitir un cierto punto de vista acerca de la realidad. Tenemos aquí, de hecho, unas ideas muy

claras sobre la relación entre el mapa, el objeto que representa y la persona que mira el mapa. Sólo hay aquí un punto en el que no estoy de acuerdo; en el de la distinción que Tere hace entre los mapas cuantitativos y los mapas cualitativos. Para mí, no pueden existir mapas “cuantitativos” equivalentes a “una reducción exacta de todas las piezas del conjunto” (esto sí sería un postulado modernista, un tanto anticuado: una ficción de la cartografía moderna).

Todo mapa selecciona partes de la realidad para representarlas; todo mapa es en cierta forma “cualitativo”. Sin embargo, y hay que reconocerlo, existen mapas que intencionalmente rompen con las reglas de la escala y otras convenciones para lograr efectos determinados: una especie de *manierismo* cartográfico. Es claro que el mapa de Emily Edwards es de este tipo, y en este sentido, el mapa de Edwards podría considerarse más un mapa cualitativo que un mapa dibujado a escala.

Independientemente de esta discrepancia en cuanto a la posible existencia de mapas “exactos”, me impresionó mucho la calidad del análisis resumido al final del libro, sobre todo por tratarse de consideraciones derivadas de primera mano del análisis del plano, o quizá de discusiones grupales en torno a este tema. Cito aquí una parte que me parece sin duda sobresaliente:

Vale pensar que el mapa representa una visión recurrente de análisis en tres niveles: primero, el autor, su obra de creación y la perspectiva mental con su entorno y su pasado; segundo, lo que miró y queda representado; tercero, nosotros mirando lo que miró y reconociendo el espacio ficción que se relaciona con el espa-

cio real; me refiero a quienes miran la ciudad y sus representaciones, para descubrir en el pasado los futuros de la modernidad que recrearon (pp. 57-58).

Supongo que la anterior referencia a la *modernidad* tiene que ver con las prioridades del proyecto de investigación, en el cual se inscribe este libro. En consideración del énfasis en esta cuestión de la modernidad, termino con algunos comentarios sobre este punto...

Cuando autores o cartógrafos modernistas hacen mapas premodernos, como es el caso hallado aquí, ¿qué está pasando? Retomo el prefacio de Lauro Zavala, que ubica el libro en el contexto de las discusiones sobre las múltiples manifestaciones de la modernidad. Para Zavala es importante la caracterización que hace Tere Quiroz del mapa de Edwards como una “alegoría de la modernidad”, justamente porque retrata una reinención de un pasado comunitario, utópico. De allí concluye que el libro permite pensar la modernidad como una especie de nostalgia de una unidad urbana perdida.

Aquí recuerdo lo dicho por Raymond Williams acerca de la invención de la utopía pastoral: mirada nostálgica desde la urbanización industrial, que pinta una ruralidad muy distante de la agreste realidad del campo inglés en aquellos tiempos. En el mapa de Emily Edwards, la nostalgia de lo pastoral es sustituida por la nostalgia de un pasado indígena, que mucho menos aún tenía algo que ver con la situación de los mexicanos autóctonos ni en el pasado prehispánico ni con los años treinta.

Esto me lleva a un comentario general del libro, que se relaciona con la valorización o evaluación del mapa, y de su

discurso, por parte de la propia autora. Ciertamente, y es importante reconocerlo, ella no desconoce las omisiones del mapa; que Edwards “selecciona de su observación lo que se desea ver” (p. 37). Sin embargo, no queda clara su propia opinión al respecto: ¿es bueno o es malo el mapa? Es decir, ¿cuáles son las implicaciones de la visión proyectada por el mapa bajo consideración? ¿Hasta qué punto podemos derivar conclusiones sobre la “importancia del mapa como objeto estético y documento sociológico”, como planteaba la mentora de Emily Edwards, la premiada con el Nobel, Jane Addams? (p. 50). ¿Hizo alguna diferencia el mapa en la manera de ver, construir y vivir la ciudad?

Estas preguntas, imposibles de contestar, pueden orientar y dar sentido a nuestra lectura de los mapas. De todas formas, la búsqueda iniciada con este libro va precisamente en esa dirección. Hace una contribución sustancial a una empresa intelectual que quiere comprender y evaluar la relación entre mapas, palabras y territorios.

¡Felicidades Tere y felicidades al área de investigación que propició este trabajo!

Priscilla Connolly
Departamento de Sociología, UAM-A